GLORIAS DE SAN SEBASTIÁN

«DONOSTIARRAS DEL SIGLO XIX»

por Adrián de Loyarte.

Que honran las glorias de un pueblo a los hijos que las cantan, lo dijo el poeta Eduardo Bustillo en su «Romancero de la guerra de África»; y lo dijo con una especie de acierto dogmático, de aplicación absoluta y que puede aplicarse al distinguido publicista que ha exhumado recuerdos recientes, recuerdos del último siglo, que abrillantan el nombre de ese pueblo simpático y brioso, de atractivo seductor que se llama San Sebastián, como se llama Adrián de Loyarte el cantor de esos hombres célebres que tuvieron su cuna en la bella y modesta Ciudad aprisionada por murallas, que, al derribarlas, abrieron paso a la nueva que tantos encantos ofrece a cuantos saben sentir la belleza.

Meritoria en extremo la labor de Loyarte, porque el sentimiento en que se inspira es el amor al pueblo natal, a la región y a la nación, es el verdadero patriotismo que no se limita a admirar sino que llega a adorar las grandes virtudes de sus paisanos; porque el análisis que hace de los hechos es profundo e imparcial; porque los juicios que emite son concienzudos; porque la forma en que los envuelve es correctísima y porque el efecto que produce su lectura es efecto secuestrador, de éxtasis, de ese placer supremo y deleitoso que embarga nuestra alma en esos momentos de goces que parece que nos transportan a regiones ideales y que convierten la tierra en cielo.

Por múltiples motivos estamos identificados con San Sebastián desde nuestros primeros años, y celebramos los grandes rasgos que le imprimen carácter brillantísimo; pero debemos confesar lealmente que aun cuando teníamos conocimiento de los hombres preclaros que en San Sebastián nacieron durante el último siglo, y muy detallados de algunos de ellos, al leer el primer tomo que acaba de publicar Loyarte hemos sentido emociones embriagadoras, generadoras de ese entusiasmo noble y generoso que nos hace gozar con el bien ajeno, que nos conmueve tiernamente, que nos exalta por modo tal, que no encontramos medios adecuados para expansionar nuestros sentimientos de admiración y adoración a los héroes, a los mártires, a esos hombres que por la religión y por la patria han sacrificado su juventud, su for-

tuna, su vida entera. Y quien tan bien sabe dar forma a esas figuras históricas tan complejas y tan extraordinarias, merece aplausos ardientes y la gratitud del pueblo al que se ha enaltecido publicando sus glorias, que siendo hechos ignorados por la generalidad parecían leyendas que se escuchan como cuentos y que por fortuna hoy revisten el carácter de hechos históricos, fidedignos, y admirables por las pruebas que los acompañan y glorifican.

Es motivo de asombro para quien conoce la escasa población de San Sebastián en el período en que nacieron esos ilustres varones que exhuma Loyarte en el primer tomo de su obra, y que son comienzo de la serie luminosa que ha de presentar ante la faz del mundo y que demuestran que la capital de Guipúzcoa es un pueblo excepcional, digna cabeza del país guipuzcoano que lleva a todas partes su grandeza en las virtudes de sus hijos.

En esos hombres que ilustran ese primer tomo aparecen las glorias del literato, las ciencias morales y políticas del filósofo, las virtudes del creyente, el heroísmo del guerrero; y en síntesis, la grandeza que atesoraba San Sebastián en su alma íntima sin que saliera a la superficie para que se admirase y se aplaudiese; y esa obra de exteriorización la ha realizado el brillante publicista Adrián de Loyarte, quien podrá decir, como decía Bustillo en su obra «Canciones de la guerra de África», fijándose en el efecto a que tendía su labor, idéntico seguramente al que busca Loyarte; que sus lectores sientan emociones estéticas al contemplar las obras heroicas de sus biografiados:

Si corazones que sienten
Responden a mis palabras
Y al contemplar mis afectos
Sus nobles afectos hallan
Y vierten sobre mi libro
De gratitud una lágrima,
No aspira a más recompensa
El que la logró tan alta.

Y, seguramente, que los lectores de la obra a que nos referimos sentirán esas emociones tiernísimas de quien en tan grandes sentimientos se ha inspirado al escribirla.

¿Quiénes son los biografiados en ese primer tomo?

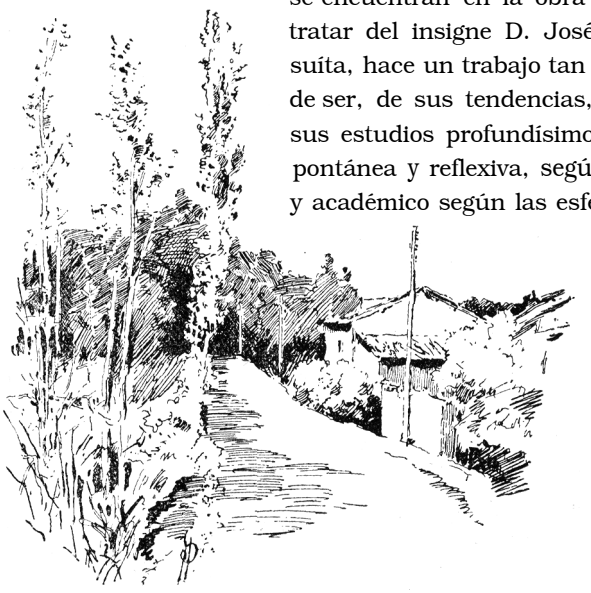
Vamos a decirlo:

Es el primero José Manterola, quien desde su infancia se distinguió

por su amor intenso y tiernísimo a su país vascongado, por su sed ardiente de expansionar ese sentimiento, y por la forma en que lo tradujo en sus variadísimas producciones literarias y constantemente en su Revista EUSKAL-ERRIA.

Fué también disertante público y orador de Academia. El exceso de su sentir y lo abrumador de sus labores, fueron causa de su prematura muerte.

Interesantísimos son los detalles de la vida de José Manterola, que se encuentran en la obra que nos ocupa. Y al tratar del insigne D. José Vinuesa, ilustre jesuíta, hace un trabajo tan analítico de su modo de ser, de sus tendencias, de sus virtudes, de sus estudios profundísimos, de su oratoria espontánea y reflexiva, según los casos, popular y académico según las esferas en que se manifestaba; que no es posible sintetizar el cabal concepto, pero concepto admirable que de él se forma leyendo su biografía. Otro timbre de gloria para San Sebastián.



Camino de Usúrbil, cerca de Teresategui.

Y al hablar de don Benito de Lersundi, que aunque brilló como militar aguerrido en los comienzos del siglo XIX, había nacido en los últimos años del anterior, lo presenta con dotes tan excepcionales como caudillo y como particular, detalla acciones tan difíciles y reñidas en que su excesivo arrojo comprometía a cada paso su vida; porque herida sobre herida en el campo de batalla, lejos de debilitar su ánimo le enardecían y exaltaban.

Grandes lauros alcanzó en la Historia y dejó un recuerdo glorioso en su hijo el famoso general D Francisco de Lersundi.

De Antonio Arzác no es posible extractar, ni aun sintetizar los rasgos de su interesante personalidad, pero puede decirse que nació para

adorar y venerar a su país, que sintió las emociones más tiernas durante su breve existencia, que escribió mucho y con tal dulzura, que cautivaba con sus interesantes producciones. El país fué su encanto, y la pérdida de sus fueros produjo en su corazón tan honda pena, que precipitó su muerte. Fué un mártir del amor al país, tanto como fué cantor de sus virtudes.

Y a quien hay que admirar por muy distintos conceptos es al heroico general D. Rafael Echagüe, padre del actual ministro de la Guerra, porque en él brilla un carácter modesto a quien jamás le desvanecieron sus glorias, un arrojo inconcebible, una perseverancia a través de tantas contrariedades como se le opusieron en sus luchas inverosímiles sin que abatieran su ánimo valerosísimo para sobreponerse a las constantes heridas que sufrió, distinguiéndose también, pero señaladísimamente, como caudillo en la guerra de África y como gobernador en nuestras antiguas colonias. Era, además, un hombre en extremo simpático y agradable en su trato.

El R. P. Venancio Minteguiaga, fué uno de esos Padres Jesuítas que dejan huella profunda no sólo por sus grandes virtudes cristianas, sitio por su ciencia profundísima y variada, filosófica, teológica, jurídica, social, económica y en cuantos ramos afectan a la vida moral del hombre en el mundo. Se distinguió también, pero muy admirablemente, por una virtud muy difícil, por la *prudencia* que brilló en sus obras y que les dió un carácter especial en determinadas conferencias.

El eminente artista José Juan Santesteban, se distinguió de tal manera por sus grandes facultades, que siendo conocidas en grandes centros europeos, hubiera podido brillar en ellos; pero su amor al pueblo en que nació, le hizo preferir ser organista de Santa María a director de grandes orquestas de importantes capitales extranjeras. Fueron tan múltiples sus trabajos y sus triunfos, que para apreciarlos es preciso leer su biografía completa.

Al llegar a D. Vicente Manterola, a quien nos unió la amistad más cordial, se exalta nuestro dolor de que no le conocieran los que le tenían por adversario, porque los amaba a todos, y jamás sintió el odio ni el deseo de venganza para quien le hubiera ofendido. Y era tan conocido su talento, tan conocidas sus altas dotes de orador sagrado y parlamentario, de publicista insigne y de maestro en las ciencias morales y políticas, que sólo quisiéramos que todos sus paisanos lo recuerden como a un hermano amantísimo.

D. Juan Manuel Aguirre-Miramón fué uno de esos hombres que han honrado a Guipúzcoa, porque conservando siempre su carácter vascongado, se distinguió por su talento profundo y analítico, por una entereza capaz de sobreponerse a todas las dificultades y de contribuir al triunfo de la justicia, a la que consagró su existencia como abogado eminente, como magistrado integérrimo y como profesor universitario, dejando también en el mundo un hijo que le honra señaladamente, nuestro cordial amigo el conde de Torre-Múzquiz.

El general D. Antonio Urbiztondo y Eguía, tuvo que pasar por los trances más duros, por las situaciones más crueles y por los conflictos más graves; sin duda para que pudiera conocerse todo su poderoso entendimiento y toda su indomable energía, dotes inverosímiles que no se conciben como humanas a juzgar por su verídica historia. Sólo leyendo su biografía puede admirarse al general Urbiztondo, otra de las glorias de San Sebastián.

Por último, el general Blanco viene a poner digno remate a los donostiarras ilustres del próximo pasado siglo, siendo un hombre de gran inteligencia, de excepcional cultura, de altas dotes militares, y aunque vivió poco tiempo en su país, siempre le profesó amor entrañable.

Procedía del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.

Su historia militar abrillanta su nombre y no son para detallados sus triunfos guerreros.

En resumen: San Sebastián aparece más brillante todavía que por su belleza ideal realizada en formas materiales, por la grandeza moral de sus ilustres hijos.

Lo celebramos en el alma.

JUAN CANCIO MENA

(Del *Diario de Navarra.)*

*
* *

«DONOSTIARRAS DEL SIGLO XIX»

Es el tomo primero de un libro que Adrián de Loyarte dedica a sus paisanos ilustres que en el siglo XIX sobresalieron por su talento, por su prestigio en Guipúzcoa.

De once patricios guipuzcoanos escribe este guipuzcoano insigne D. Adrián de Loyarte. Son José Manterola, José Vinuesa, Benito de Lersundi, Antonio Arzác, Rafael Echagüe, Venancio Minteguiaga,